

GUILLERMO CASTÁN LANASPA

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDEA
DE LA PESTE NEGRA (1348-1350)
COMO CATÁSTROFE DEMOGRÁFICA
EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA



Ediciones Universidad
Salamanca

Índice

AGRADECIMIENTOS.....	11
PREÁMBULO.....	13
PRESENTACIÓN.....	21

PRIMERA PARTE PLANTEAMIENTO

CAPÍTULO 1	
La construcción de la idea de la Peste Negra como catástrofe demográfica en la historiografía española.....	31
CAPÍTULO 2	
Elaboración de un modelo matemático de población.....	89
ANEXO	
Aplicación excel para el modelo demográfico de poblaciones afectadas por epidemias de peste.....	111

SEGUNDA PARTE EL REINO DE NAVARRA

CAPÍTULO 3	
La Peste Negra en el Reino de Navarra.....	119

TERCERA PARTE LA CORONA DE ARAGÓN

CAPÍTULO 4	
La epidemia en el Reino de Aragón.....	141
CAPÍTULO 5	
La Peste Negra en el Principado de Cataluña.....	165
CAPÍTULO 6	
La Peste Negra en los reinos de Valencia y de Mallorca.....	195

CUARTA PARTE
LA CORONA DE CASTILLA

CAPÍTULO 7	
La historiografía sobre la Peste Negra en la Corona de Castilla. ¿Un camino de ida y vuelta?	217
CAPÍTULO 8	
La epidemia en Galicia.....	237
CAPÍTULO 9	
Las regiones cantábricas. Asturias, Cantabria y País Vasco.....	251
CAPÍTULO 10	
La Peste Negra en la cuenca del Duero.....	265
CAPÍTULO 11	
La Peste Negra al sur del Sistema Central: la Transierra madrileña, la Meseta Meridional y Extremadura.....	291
CAPÍTULO 12	
La Peste Negra en el Reino de Murcia.....	311
CAPÍTULO 13	
La Peste Negra en Andalucía	321

Preámbulo

«**R**ESULTA CURIOSO OBSERVAR QUE, a pesar de la falta de documentación, nuestra historiografía ha aceptado como un hecho establecido que la incidencia del morbo ocasionó casi por todas partes una auténtica catástrofe demográfica cuyas secuelas afectaron a todo el tejido social y económico». Es un párrafo extraído de la presentación con la que Guillermo Castán inicia un estudio detallado, impecable en su metodología, sobre la incidencia de la Peste Negra de 1348-1350 en los territorios de la Península Ibérica.

Como ya se puede apreciar por el índice, el autor no se limita a un análisis genérico de su incidencia en el conjunto de la Península, sino que aborda una empresa más ambiciosa: un seguimiento, sorprendente por su exhaustividad, de la casi inabarcable bibliografía sobre el impacto de la Peste Negra desde el siglo XV hasta la más reciente de nuestros días, tanto la bibliografía peninsular como la más relevante del resto de Europa.

La primera sorpresa procede de los escritos de autores peninsulares del siglo XV. Es claro que algunos o muchos de los escritores de este siglo deberían haber conocido en primera persona las incidencias o las consecuencias inmediatas de aquella tremenda mortandad que habría provocado, según autores posteriores, una brecha demográfica de entre un treinta y un cincuenta y hasta un ochenta por ciento. Pues bien, lo que Castán descubre a través de un seguimiento pormenorizado de la literatura de la época es un sorprendente silencio. Un silencio casi absoluto, muy revelador, sobre una catástrofe que por su propia naturaleza y dramatismo no podría haber escapado al conocimiento de aquellos hombres; hombres, por otra parte, bien informados de hambrunas, mortandades y hechos militares prácticamente coetáneos o inmediatamente posteriores a la supuesta peste, como es, entre otros muchos, el asedio de Gibraltar en el que muere Alfonso XI en el año 1350, víctima seguramente de una pestilencia que no debió extenderse a un ámbito territorial mucho más amplio que el del campamento de los sitiadores.

No es hasta el siglo XVI cuando la historiografía peninsular comienza a diversificarse, aunque la predominante sigue ignorando la incidencia de la peste. Pero un caso muy ilustrador, porque se sale de la tónica general hasta ese momento, es el de las órdenes religiosas: franciscanos, dominicos y agustinos, principalmente. A diferencia de las órdenes monásticas aquéllas disfrutaban de una gran movilidad, lo que favorece el intercambio y el conocimiento de

noticias procedentes del norte de los Pirineos que seducen a algunos de estos autores. Lo que explica que sean éstos, ignorando a otros muchos historiadores peninsulares, los que recogen y divulgan noticias sobre la gran mortandad de mediados del siglo XIV que probablemente afectó al resto de Europa, pero que tenía poco que ver con las realidades de la Península. De tal manera que cualquier incremento local o regional de mortalidad en la Península provocado por causas muy diversas tiende a explicarse y a magnificarse siguiendo los cánones explicativos de la pandemia del resto de la Europa occidental.

Tan relevante como este dato es el hecho de que autores europeos coetáneos que se refieren a la peste de los años 1348-1350 como una pandemia que afectaría trágicamente a todo el oeste europeo nada dicen de la extensión de la peste en España, aunque sí conocen y relatan acontecimientos relevantes de orden político o militar de esa misma época, incluso mortandades; pero se trata de episodios locales ajenos a la pandemia europea.

Las diferencias interpretativas se mantienen a lo largo de los siglos XVII y XVIII, también con la intervención de los frailes historiadores; aunque muchos de ellos, al centrarse en la historia de sus propios conventos, incluso de su Orden, admiten no encontrar noticias de una pestilencia general y dramática que otros colegas relatan con profusión. En realidad la mayoría de los relatos sobre la Peste son similares en la utilización de generalidades, como la expansión de la Peste al conjunto del país, ofreciendo porcentajes sumamente variables de su incidencia (de entre el 30 y el 70%), pero coincidentes en la falta de concreción en lo que al propio territorio o localidad se refiere. Un dato que reafirma la fuerte impresión de que estamos, no ante una historia verídica de la incidencia de la Peste en la Península, sino ante la importación de un modelo europeo utilizado indiscriminadamente para explicar las consecuencias de determinados acontecimientos, como guerras, hambrunas o muertes, a veces resultado de la violencia señorial; incluso llegan a relatar mortandades provocadas por eclosiones de peste muy impactantes a nivel local, pero de escasa incidencia a niveles más globales. En definitiva, lo que subyace a esta supuesta pandemia es un intento de explicación de las profundas transformaciones que ellos ya perciben vagamente pero sin los recursos de información y metodológicos para otro tipo de explicación.

Durante el siglo XVIII sigue manteniéndose la duplicidad de interpretaciones entre el ámbito clerical –de los frailes historiadores, sobre todo– y el ámbito secular en el que se sigue ignorando la existencia de la Peste o se le otorga escasa trascendencia. Una duplicidad de visiones que se mantiene en las historias de España escritas en el siglo XIX. Aunque, observa Guillermo Castán, se irán abriendo brechas por donde la idea de la extensión y gravedad de la peste irá penetrando y paulatinamente afirmándose. Pero con una importante novedad: los autores laicos que la admiten tratarán de fundamentarla sobre hechos comprobados.

Esta base inicial irá progresando lentamente a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Y ya desde mediados de este siglo la tesis de la presencia de la peste en toda la Península llegará a ser aceptada casi universalmente; más gravemente afectados los territorios de la Corona de Aragón, en contraste con los de la Corona de Castilla donde los efectos habrían sido más livianos. Pero, puesto que no había causas objetivas que explicasen tales diferencias, llegó a

aceptarse la afectación por igual a todos los territorios peninsulares. Aunque un estudio más detenido y riguroso indujo con el tiempo a algunos historiadores, como Julio Valdeón o José Luis Martín, a matizar, incluso a mostrar un cierto escepticismo, a la espera de pruebas concretas y concluyentes.

Pero este tipo de pruebas directas rara vez las encontramos. Las noticias sobre la peste, lejos de proporcionarnos datos concretos, se mantienen en informaciones muy genéricas que por eso mismo son de dudosa fiabilidad a la hora de aplicarlas al caso particular. Y, además, muchas de ellas están dictadas bajo un impacto emocional, así como por la predisposición de los informantes coetáneos a trascender el ámbito local generalizando y amplificando sus efectos para transformar en hecatombe general lo que no es más que una crisis local. Por otra parte, los historiadores de la peste, puenteadando estas posibles objeciones, se han limitado, allí donde era posible, a una mera y simplista cuantificación de datos de procedencia diversa y sin un criterio científico riguroso, lo que contradice el carácter supuestamente científico de la historia.

Ésta es la razón por la que Guillermo Castán ha optado por una metodología más sofisticada, más ardua y problemática efectivamente, incluso arriesgada, pero necesaria ante el atasco y las deficiencias crónicas de las que adolece mucha de la investigación realizada hasta ahora. Porque los historiadores hemos rehuido sistemáticamente –quizás por ignorarlo– el recurso a la ciencia específica de la demografía. Aunque pueda parecer ajena a nuestra especialidad, no podemos prescindir de los datos demográficos que poseemos como un elemento esencial para un adecuado y racional conocimiento de las sociedades ya que la demografía científica, al igual que otras ciencias relacionadas con nuestra especialidad, se sustenta sobre unas leyes generales del comportamiento humano; leyes elaboradas a partir de la observación y análisis riguroso de multitud de casos concretos y en muy variados contextos sociales. A partir de estos resultados se ha llegado a elaborar bases estadísticas y a diseñar las pautas por las que se rige la demografía de las distintas sociedades en las más diversas situaciones por las que estas sociedades transitan.

Obviamente no se trata de condicionar de ninguna manera los comportamientos humanos como si fuesen resultado de tales leyes. Muy al contrario, la leyes se elaboran a posteriori, mediante la observación y racionalización del comportamiento de las sociedades que actúan, como no podría ser de otra forma, adecuándose a los requerimientos del momento concreto; y es esta observación la que permite prever y establecer, mediante un razonamiento comprensivo y generalizador, las formas de reacción de las sociedades ante las crisis que alteran su normal comportamiento. Estas reacciones de la sociedad ante un acontecimiento imprevisto son las que se revelan como desajustes respecto del modelo. Y son estos desajustes los que alertan al investigador y le resitúan en una vía más correcta de interpretación. Es lo que Castán subraya en su preámbulo al estudio del modelo demográfico: el modelo matemático no podrá en ningún caso averiguar qué es lo que pasó realmente con la Peste Negra, pero sí que nos puede poner en la pista de **«qué es lo que no pudo pasar»**, descartando ciertos resultados problemáticos y abriendo una vía más segura por donde debe discurrir la investigación propiamente histórica, libre de prejuicios y atenta a informaciones rigurosas.

Y aun reconociendo ese matiz de escepticismo –o llámese temor reverencial– que a muchos historiadores les embarga ante la inclusión en sus análisis de un modelo de análisis de alguna manera extraño a sus métodos tradicionales, tampoco podemos ignorar ciertas percepciones basadas en el sentido común del historiador que revelan la congruencia o incongruencia de ciertas interpretaciones acerca de las consecuencias de determinados acontecimientos. Lo que hace la ciencia de la demografía es racionalizar esa íntima sensación desasosegante del historiador enfrentado a la grave contradicción que intuye cuando defiende explícita o implícitamente que, tras una brecha demográfica de un 30%, un 50% o, incluso, un 70% –índice al que algunos elevan su incidencia– como consecuencia de la Peste Negra, la población puede restablecerse completamente en un periodo de tiempo relativamente breve; o cuando se constata, a través de noticias mejor documentadas, que la supuesta peste no altera sustancialmente ni el mantenimiento, ni incluso el reforzamiento de la presión fiscal; que tampoco impide normalmente la ampliación de los cultivos, como consta por algunas quejas de ganaderos sobre la invasión de las cañadas o de los pastos; ni desacelera la rápida recuperación de la producción agraria y artesanal o de la actividad comercial; y que tampoco cesan o se alivian las campañas militares; es más, precisamente en los años inmediatamente posteriores a la supuesta peste estalla la guerra «de los Pedros» entre Castilla y Aragón, y la guerra civil castellana en la que se involucran compañías extranjeras y tropas aragonesas: operaciones que requieren una movilización de efectivos humanos y de recursos materiales difícil de explicar en los años inmediatos a una crisis de esa supuesta magnitud; también es cierto que en las décadas finales del siglo XIV y durante el siglo XV abundan las noticias de un incremento de despoblados; pero no se puede vincular este incremento con la Peste Negra cuando nos son conocidas las profundas transformaciones que se están operando en el sistema de relaciones sociales y de producción y consiguientemente en la estructura del hábitat.

La realidad es que últimamente la investigación ha venido avanzando y obteniendo resultados, no sin vacilaciones y con una lenta progresión. Porque allí donde disponemos de fuentes fidedignas –algunas (pocas) crónicas y, sobre todo, fiscales– se han dado pasos decisivos en la superación de la tesis de una hecatombe en toda la Península. Estas fuentes a veces son las que dan un mentís sin paliativos a la desmesura de algunas noticias cronísticas. Un ejemplo revelador es la noticia de los *Aragonensium rerum comentarii*: según esta crónica en el año 1348 una *teterrima pestis Caesaraugustam invasit*. Pues bien, en el año 1356, todavía en plena resaca de la supuesta *teterrima pestis*, las fuentes fiscales nos informan de que en Aragón se impone una ayuda extraordinaria destinada al pago de caballeros, a la compra de caballos, a concesiones gratuitas de los reyes, a pagar los vestidos de fiesta de la infanta, a obras en la Aljafería, etc. No se trata en su mayoría de acciones u obras necesarias e improporcionables, por lo que estas decisiones desvelan la posible contradicción entre determinadas noticias cronísticas y las fuentes fiscales a las que hay que otorgar bastante mayor credibilidad.

No obstante, tampoco la aparente precisión de las cifras ofrecidas por la documentación constituye una garantía plena cuando se opera más allá de las noticias documentales directas. Muy reveladores son los datos proporcionados